

Exento de filias y fobias

El mundo atlántico español durante el siglo XVIII. Guerra y reformas borbónicas, 1713-1796

ALLAN J. KUETHE Y KENNETH J. ANDRIEN

Editorial Universidad del Rosario,
Banco de la República, Bogotá, 2018,
444 pp., il.

AUNQUE LA bibliografía sobre el siglo XVIII español, las reformas borbónicas y las guerras del mundo atlántico es enorme, hay libros cuya génesis necesita un proceso de maduración intelectual solo al alcance de quienes han dedicado décadas al estudio de estos temas. Los historiadores Kuethe y Andrien pertenecen a ese selecto grupo y este libro es el fruto de un largo período de comprensión de los intrincados hilos que movieron las actuaciones de las autoridades políticas españolas durante el siglo ilustrado en conexión con el imperio americano.

El mundo atlántico no es un libro cualquiera, ni representa una síntesis de hechos por lo general conocidos, sino un análisis interpretativo y de inusitada profundidad que expone, con una clarividencia poco común, el proceso mediante el cual la Nueva España borbónica encaró los difíciles retos del siglo XVIII tras recoger la herencia de caos y casi desintegración del último de los Austrias, Carlos II. En cierta forma, es una obra que continúa y ahonda trabajos de estudio cualitativo de profundo calado, como *España, proyecto inacabado*, del profesor Antonio Miguel Bernal, o la monumental *Imperios del mundo atlántico*, del afamado historiador británico John H. Elliott, probablemente la mejor historia comparativa de los imperios español e inglés.

De igual forma, este libro goza de algunas ventajas con las que otros proyectos similares probablemente no han contado. En primer lugar, los autores (historiadores norteamericanos de prestigio mundial) están lejos de caer en el habitual “pecado” de posicionarse desde una crítica mordaz o desde una cierta visión nacionalista propia de muchos historiadores españoles que, por lo común, tienden

a analizar el siglo XVIII a partir de determinadas singularidades ideológicas y posicionamientos historiográficos. En este sentido, la reconciliación llevada a cabo por la mayoría de los historiadores españoles respecto de su pasado imperial ha generado no pocos debates ideologizados (filias y fobias) de los que la presente obra está exenta. Este elemento impregna el trabajo de Kuethe y Andrien de un aire fresco que adopta la forma de interpretación cualitativa basada en hechos, causas y consecuencias, todos ellos en una relación simbiótica entre la península y América. Por otra parte, el enciclopédico conocimiento de la historiografía más reciente otorga singularidad a la obra, ofreciendo al lector un bagaje historiográfico difícil de igualar, y permitiendo traspasar el umbral meramente descriptivo para ahondar en los diferentes posicionamientos a ambos lados del Atlántico. Finalmente, y esto no es baladí, el libro está escrito con una gran fluidez y una estructura homogénea e internamente equilibrada que posibilita una lectura profunda y a la vez amena, no siempre fácil de lograr en textos que pretendan enlazar la historia comparada y la síntesis interpretativa.

Aunque *El mundo atlántico español* aborda el siglo XVIII español desde una óptica poliédrica, los autores basan su análisis en el destacado rol funcionalista desempeñado por las reformas estructurales de orden institucional y fiscal. Esta posición no es gratuita. La mayoría de los trabajos tienden a separar los aspectos políticos de los personajes que les dieron vida, lo mismo que someten normalmente las reformas de orden fiscal a la geopolítica de la guerra atlántica. Sin embargo, los autores detectan que el éxito o fracaso del proyecto borbónico debía descansar necesariamente en la explícita función apaciguadora y reformista de las políticas de tipo fiscal e institucional, sin las cuales el aparato estatal no podría hacer frente a los retos de países poderosos como Francia y Gran Bretaña. O dicho de otra forma, el Estado no sería capaz de recomponer las arcaicas estructuras del siglo XVII sin implementar funciones más flexibles en las nacientes instituciones del siglo XVIII, y estas no podrían operar sin una moderna

política fiscal que insuflara los recursos necesarios para volver a reconectar la América española y la península. Los historiadores utilizan un silogismo para razonar sagazmente que todo el siglo XVIII y el nuevo proyecto borbónico descansaban en una lenta pero sólida reconstrucción de la administración pública que posibilitara encarar el reto británico en América desde bases económicas, mercantiles y fiscales fuertes y que, a su vez, determinara un nuevo ritmo del proyecto reformador.

Esto explica por qué el libro comienza cronológicamente en 1713. Tras esa fecha, Felipe V y sus consejeros franceses se vieron abocados a buscar un plan de actuación que conjugara los intereses del poderoso vecino del norte, las ambiciones personales de una reina y la velada oposición de los clanes españoles. Los autores consideran esta etapa como de transición, ya que no se logró entrelazar el primer proyecto reformista con el ámbito comercial americano. Así mismo, deducen acertadamente que esta primera fase fue un fracaso debido a la rapidez con que se pretendió modernizar el aparato institucional y mercantil español en medio de profundas desavenencias sobre el rol que debía jugar América en el contexto de las reformas. Las luchas por el poder entre facciones son hábilmente analizadas para sacar de nuevo como conclusión que, hasta que la administración no se españolizara (con Patiño en adelante), sería muy difícil establecer una correlación entre los recursos americanos y las necesidades de Madrid.

En relación con esto, Patiño es considerado una figura poderosa, un hombre de Estado, cuyo proyecto atlántico pretendía fijar la definitiva unión de los hasta entonces divergentes intereses a ambos lados del hemisferio. Sin embargo, más allá de su reorganización de la Armada y su oportuna mirada hacia América, no parece que los proyectos reformistas de mayor calado e impacto sean ni obra ni herencia directa de Patiño. Por el contrario, se cree que son sus continuadores naturales (Campillo y Ensenada) quienes realmente instauran una agenda de largo recorrido que ciertamente logró conectar ambos puntos nodales atlánticos aunque de manera vaga. A pesar

de que ciertos elementos del proyecto reformista de Ensenada son trasladados a América, la todavía obstinada oposición de los intereses mercantiles españoles en la península fue, a juicio de los autores, un factor decisivo que impidió la absorción plena de las reformas estructurales (a la vez militares y fiscales) en el ámbito americano, a lo que se añadiría la oposición política al riojano, que acarreó su caída en desgracia.

El libro muestra, empero, una visión bastante clásica del sucesor de Ensenada, el bailío Arriaga. Considerado por los autores como tibio, conservador y poco imaginativo, no está claro por qué fue mantenido en el cargo durante tanto tiempo (1754-1776) a pesar de ser el protegido del otrora defenestrado Ensenada. Igualmente se olvida (o al menos no se valora en forma oportuna) que fue durante la etapa de Arriaga cuando se produjo la mayor expansión constructiva de la Armada española, factor disuasorio y a la vez ofensivo capaz de forzar una hegemonía real y absoluta de España en las Indias. Aunque se tilda al bailío como responsable del desastre en La Habana en 1762, no se tiene en cuenta que él fue de los pocos que advirtieron el peligro, y que los responsables de la Armada entraron en guerra contra Gran Bretaña sin una estrategia clara en América. Finalmente, hubiera sido imposible trasladar a Cuba la primera Intendencia de América en 1764 (base articular de todo el proyecto reformista) si Arriaga se hubiese opuesto. De todo ello deducimos que los autores interpretan a este personaje como parte de un período de transición hasta lo que denominan “pináculo” de las reformas, que no es otra que la etapa posterior, sin considerar que Arriaga fue un factor consustancial al desarrollo previo de ese momento álgido. La pretendida oposición de Arriaga a la primera liberalización comercial de 1765 puede también ser interpretada desde la óptica de un ministro que prefería un proceso medurado y controlado antes que la rapidez sin cierto consenso con las autoridades americanas, que en su momento (con Patiño) derivó en limitados éxitos.

La etapa de José de Gálvez es ampliamente destacada en el libro. Aunque los autores analizan los diversos

niveles de oposición a las reformas emprendidas en América por Gálvez (perfecto conocedor del entorno), no hay que olvidar que tales oposiciones enmascaran una reacción natural a las ya iniciadas *atlantización* y militarización americanas, cuyos orígenes son muy anteriores. Esta tensión es sutilmente interpretada no como un obstáculo real de los americanos, sino como una lucha por el control de los beneficios de tales cambios, el más destacado de los cuales era sin duda el Reglamento de 1778. El éxito en la guerra de 1779 a 1783 demostraría la eficaz colaboración y concordancia de intereses entre españoles y americanos.

Este excelente e imprescindible libro culmina con una elocuente interpretación acerca del rol que debía jugar América en el contexto del desarrollo último de las reformas después de 1787. La militarización americana es vista como un potencial peligro para que la península siga disponiendo del control efectivo de los recursos americanos, mientras que la ya completa inserción orgánica del sistema intencional unía (para bien y para mal) el gasto y la deuda de España, aspecto este que sería vital para comprender la rápida descomposición del imperio después de 1793.

José Manuel Serrano